

MAYO 2015

En una era No-Polar, la política exterior comienza en casa

Por Ricardo E. Lagorio *

¿Puede un país naciente y desierto casi, tener política exterior? A esto podría responderse con esta pregunta: ¿Puede un país naciente tener otra política que la exterior?

La Política Exterior puede ser la llave del progreso del Estado, siempre y cuando se armonice con una política que sea nacional.

Juan Bautista Alberdi, Obras póstumas.

La vida humana se reduce a un sufrimiento real, al infierno, sólo cuando dos edades, dos culturas y religiones se superponen.

Hay momentos en que toda una generación queda capturada en este camino entre dos épocas, dos modos de vida, con la consecuencia de que pierde todo el poder de entenderse a sí misma y no tiene un estándar, ni seguridad, ni sencilla aquiescencia.

Hermann Hesse, El Lobo Estepario (1927).

Percibimos las circunstancias permanentes de nuestra vida en termino del azar; no las percibimos sino cuando se alteran súbitamente. Tendré la oportunidad de demostrar en qué medida nuestra inconciencia respecto de las condiciones las más simples y las más constantes de nuestra existencia y de nuestros juicios torna nuestra concepción de la historia tan grosera, nuestra política tan inútil, y a veces tan ingenua en sus cálculos. Ella lleva a los grandes hombres a concebir designios que ellos evalúan por imitación y en relación a convenciones de cuya insuficiencia no son concientes.

Paul Valéry, Regards sur le Monde Actuel (1931).

Este es el gran desafío que deben afrontar nuestros jóvenes pueblos latinoamericanos a mediados del siglo XX. La humanidad marcha hoy hacia un mundo de cooperación y de solidaridad internacionales. Una síntesis integradora se está forjando de continuo. Nuestra contribución no será solo una expresión retórica. Podemos y debemos hacernos presentes en la estructuración del mundo del mañana, como comunidades activas y conscientes de su personalidad histórica. Para ello no basta con perfeccionar los instrumentos jurídicos y sociales de nuestra unidad. Una conjunción de comunidades débiles no añade mucho al potencial que cada miembro tiene en el concierto de las naciones. Es necesario crear las condiciones para el pleno desarrollo de cada región como única posibilidad de alcanzar la fuerza que proviene de la integración internacional.

Cada uno de nuestros pueblos debe cumplir aceleradamente las etapas de su propio desarrollo para que su aporte al esfuerzo común sea realmente efectivo.

Tal desarrollo nacional es requisito esencial para la estabilidad y el perfeccionamiento de nuestras instituciones, tanto las de orden interno como las de orden internacional. No es posible apoyar una estructura política moderna sobre una estructura económica y social deficiente o estancada. La libertad y el orden no florecen en la miseria. La influencia mundial de nuestras naciones no podría aumentar si ellas reprodujeran en el plano continental su precaria e inestable posición individual. La unión de los fuertes crea el vigor del conjunto. Y fuertes son solo aquellas naciones con crecientes niveles de autonomía, dentro de su necesaria interdependencia con el resto del mundo.

Arturo Frondizi, Discurso pronunciado en Buenos Aires al recibir del Ministro de Relaciones Exteriores del Brasil el Gran Collar de la Orden Nacional del Cruzeiro do Sul. 24 de noviembre de 1959.

EXCURSUS

Permítanme comenzar este trabajo con un breve *excursus intelectual*.

El título de mi presentación, *En una era No-Polar, la Política Exterior comienza en Casa (1)*, es un préstamo académico de Richard Haass, una de las mentes analíticas de la política internacional más lúcidas de la actualidad. Richard Haass es por todos conocidos por su trayectoria académica y por ser presidente del *Council on Foreign Relations* de Nueva York desde 2003.

En lo personal, tuve el privilegio de compartir con él varias horas de francos y profundos intercambios de opinión, cuando ocupó el cargo de Director de Planificación de Políticas en la Administración de George W. Bush. En dos oportunidades, en mi carácter de Encargado de Negocios, acompañé a Martín Redrado, en ese momento Vice-Canciller, a sus entrevistas con Richard Haass, en Foggy Bottom.

Considero que Richard Haass realiza un aporte fundamental al análisis y a la compren-

sión del actual escenario global que, entiendo, aún está en vías de definición.

Haass aporta nuevos instrumentos conceptuales para su comprensión e interpretación. No se apura en definirlo, busca aprehenderlo.

No transpola el pasado, realiza una interesante arqueología y busca la esencia. Hace lo que Milan Kundera, en su libro *L'Art du Roman (2)*, recomienda: "El hombre anhela un mundo donde el bien y el mal sean claramente discernibles, ya que en él habita un deseo innato e indomable de juzgar antes de comprender." (*"l'homme souhaite un monde où le bien et le mal soient nettement discernables car est en lui le désir, inné et indomptable, de juger avant de comprendre"*).

ANTECEDENTES: PROMETEO ENCADENADO

El abordaje de las relaciones internacionales, desde Tucídides a la fecha, siempre se ha visto influido por el estudio de las relaciones de poder y por la competencia entre los principales actores. El poder entendido en su dual dimensión, como influencia y, en su faz operativa, como instrumento.

La asociación entre conceptos tan fundamentales como *poder*, *intereses* y *guerra* es también antigua. Basta recorrer las prolíficas obras del ya mencionado Tucídides, o de Maquiavelo, Hobbes, von Clausewitz, Sun Tzu, Mahan y Morgenthau, entre otros, para ver que esta *trinidad* permea todo debate teórico y práctico sobre la naturaleza y el funcionamiento del sistema internacional, cualquiera sea el momento histórico escogido.

Pero este ejercicio no es fácil ni simple, ya que el poder no es inmutable, es un concepto proteano. No es uniforme y varía según las circunstancias y las épocas. Tanto más como instrumento –ya que su uso está influido por la ciencia y la tecnología– que como influencia, si bien ambas dimensiones se refuer-

zan e impactan mutuamente, y a partir de esta premisa surge claramente el desafío de cómo transformar el poder en orden (3).

Históricamente se produjo un corte conceptual de enorme interés, importancia y consecuencias para la teoría internacional, cuando a partir de Westfalia adquirieron centralidad tres nuevos conceptos: soberanía, legitimidad y territorialidad.

Los tres están íntimamente unidos y son esenciales para toda comprensión de la evolución de los diferentes órdenes internacionales que se fueron sucediendo.

Las ideas universales que dieron cohesión al mundo medieval, cedieron ante la emergencia de unidades autónomas, cada una capaz de definir su propio interés en términos políticos, religiosos y culturales.

El concepto de soberanía se afinco definitivamente y aportó la justificación ideológica para ejercer el control dentro del propio territorio, y proporcionó la base necesaria para el reconocimiento de otros estados.

El territorio comenzó a tener relevancia, en tanto y en cuanto constituía una única unidad, que contenía dentro de sí todos los elementos que le permitían al actor estatal tener un papel en el escenario internacional.

Finalmente la legitimidad, ese concepto que deriva de lo mítico y de lo religioso, comienza a tener una clara definición política y, particularmente a partir de Hobbes, con el inicio del debate sobre la representatividad, surge una nueva forma de garantizar la efectividad y la eficiencia de la gobernanza, mas allá de los postulados jurídicos naturales o normativos.

PRESENT AT THE CREATION (4)

Todo comienzo de época arranca con una gran utopía, con un pensamiento fundacional que generalmente se abstrae del contexto y ensaya así respuestas parciales.

Pero rápidamente la historia y la geografía

(5) nos llaman a la atención, y entonces volvemos a enfocarnos en la realidad.

Pero, como muy bien nos recuerda Henry Kissinger, en términos históricos las revoluciones son ponderadas no por lo que destruyen, sino por lo que construyen.

Es importante detectar cómo se piensa, se diseña y se construye un Orden.

No es lo mismo la mera enumeración o agrupamiento de los Actores Internacionales en términos de poder en forma unipolar, bipolar o multipolar –o de sus respectivas alianzas que en función de esta constelación de poder se puedan construir– que un ordenamiento unipolar, bipolar o multipolar.

Un Orden, en cualquiera de sus conformaciones, es el resultado no solamente del mero agrupamiento de dichos actores, sino de la legitimidad que el mismo genera cuando los actores reconocen y aceptan las normas y reglas que informan dicho Orden.

Henry Kissinger, en lo que quizás es su obra magna (6) señala que: “Así pues, la estabilidad no ha sido el resultado de una búsqueda de la paz, sino de una legitimidad generalmente aceptada. La legitimidad, tal como aquí la entendemos, no debe confundirse con la justicia. No significa más que un acuerdo internacional acerca de la naturaleza de los arreglos funcionales y acerca de los objetivos y métodos aceptables de la política exterior”.

Es por ello fundamental entender la naturaleza de las profundas mutaciones que aún están ocurriendo y que, por estar aún en etapa de definición, no han terminado de delinear el nuevo escenario global. Por eso es que me parece inconducente tratar de ponerle un rótulo al nuevo escenario, creyendo que un título puede capturar o diseñar la sustancia.

Esto solo genera más confusión, y se aleja de las enseñanzas que la historia como analogía nos aporta.

Es riesgoso hacer una transpolación li-

neal de los hechos, y darles así un nuevo y renovado sentido, cuando lo que cabe, por el contrario, es buscar en los universales particulares los elementos distintivos y definitorios.

Precisamente desde el siglo V A.C., época en la que Tucídides indicó que el pasado constituía una ayuda para la interpretación del futuro, numerosos autores repitieron esta idea.

Por ejemplo, Edward Gibbon consideraba que la historia era el “registro de los crímenes, locuras y desaciertos de la humanidad”. Esto último en la línea del excelente libro de Barbara Tuchman, *The March of Folly*. (7)

La historia es un útil instrumento para el decisor político (8). No nos provee las respuestas a nuestras preguntas, nos ayuda a tener mejor información contextual y conocimientos del pasado para poder tomar mejores decisiones hacia el futuro.

El estudio de los mayores eventos del pasado, sus causas y orígenes, su desarrollo, los actores involucrados, las consecuencias, constituyen instrumentos para una mejor y más segura toma de decisiones. Pero no crea nuevas realidades *per se*.

No siempre los decisores políticos son actores racionales. No siempre hacen la correcta lectura de los acontecimientos.

John F. Kennedy en su libro *Why England Slept* (9), escrito en 1940, cuando aún era un estudiante, decía que los años 1930 nos enseñaron “una clara lección; la conducta agresiva, si se la deja continuar sin ninguna restricción ni desafío, finalmente conduce a la guerra”.

Por su parte, Barbara Tuchman en su libro *The Guns of August* (10) advierte cómo una serie de errores y de equivocaciones pueden generar una catástrofe mayor.

En su estudio sobre los prolegómenos de la Gran Guerra y, en particular, el primer mes de la Primera Guerra Mundial, Tuchman señala que ningún evento es inevitable por sí mismo.

Los acontecimientos se van desarrollando

en forma racional e irracional. Las decisiones, los errores, las erróneas percepciones, suelen converger en un punto de no retorno. Por ello es que es necesario conocer lo que ocurrió; buscar aprehender las causas mediatas e inmediatas; tratar de entender por qué ocurrió, quienes estuvieron involucrados.

La historia, entonces, debe servir como guía de acción, como analogía. Debe ser instrumento para la toma de decisiones, para la correcta y sabia toma de decisiones. Los acontecimientos no se repiten, y si lo hacen, ocurren en la forma en que Hegel –y con posterioridad Marx– lo describieron.

La historia, como muy bien lo señala Margaret McMillan (11) al darnos ejemplos y contexto, nos ayuda a pensar el mundo actual. Nos ayuda a formular preguntas, y sin buenas preguntas es difícil empezar a pensar en forma coherente.

En nuestro caso, en las últimas décadas el escenario interestatal de los equilibrios de poderes europeos, que surge en Westfalia, va lentamente cediendo espacio ante la aparición de nuevas constelaciones de poder. Los escenarios internacionales son dinámicos y, periódicamente, el poder muta. Nuevas realidades se producen entonces cuando uno o varios actores cuestionan el *statu quo*, generándose así procesos revolucionarios. Es lo que correctamente con su claro sentido de la historia, magistralmente esbozó Henry Kissinger en su libro *Un Mundo Restaurado* (12). La historia no es lineal y, por lo tanto, la competencia entre los países constituye un elemento intrínseco de todo sistema internacional.

Todo momento de cambio y de transformación genera en el espíritu humano la necesidad metafísica de buscar puntos de referencia que le den certezas y le permitan avanzar con previsibilidad.

El orden, o mejor dicho la comprensión del ordenamiento de los hechos y de los acto-

res, se transforman así en una necesidad tanto práctica como teórica.

A partir de la conformación del moderno sistema internacional Westfaliano sobre los fundamentos de los tratados de Paz de Osnabruck y Munster, firmados el 15 de mayo y el 24 de octubre de 1648, respectivamente, la estrategia sistémica imperó sobre las necesidades tácticas.

Y en la búsqueda, el diseño, la consolidación y el mantenimiento de ese orden, la paz adquiere un lugar central y un valor supremo. (13)

Si bien se tiende a identificar primariamente el noble concepto de la paz con el filósofo alemán Immanuel Kant y su celebre tratado *Sobre la Paz Perpetua* (1795), se debe a Charles Irénée Castel de Saint-Pierre, mejor conocido como el Abate de Saint Pierre, quien escribía en 1713 su *Projet Pour Rendre la Paix Pérpetuelle en Europe* (14), la primera reflexión sobre esta cuestión.

Unos años más tarde, en 1756, Jean-Jacques Rousseau, analizó y criticó estas obras de Saint-Pierre. (15)

Por su parte, Juan Bautista Alberdi, escribió en 1870 una de sus obras más modernas, *El Crimen de la Guerra*, en donde temas tales como la globalización, la democratización, los derechos humanos universales, el papel del soldado de la paz, irrumpen con un vigor teórico y práctico de alcance y vigencia actual. (16)

Avanzando en el tiempo, se podría decir que todo fin de era tuvo a su Norman Angell (17) o Francis Fukuyama (18).

Este comienzo de época no fue una excepción. El fuerte impacto del relato de Francis Fukuyama en relación con la caída del Imperio Soviético y con el discurso voluntarista del Presidente George H.W. Bush sobre un Nuevo Orden Internacional, generaron expectativas desmesuradas.

Pronto percibimos que no estábamos ante “el fin de la historia”, ni que ya habíamos ingresado en una nueva era. De lo que se trataba era de algo mucho más sutil: estábamos ante el *descongelamiento*

de la historia.

Resurgieron, entonces, una miríada de conflictos no resueltos, que la guerra fría simplemente había marginado, pero no abordado.

CAMBIO DE PARADIGMA: HERÁCLITO DE EFESO DIXIT

No obstante, esta presentación pueda parecer como una herejía teórica –y viniendo de un diplomático, quizás un anatema práctico– considero que la ecuación responde y refleja correctamente el actual estado del Sistema Global.

Considero que en la actualidad la relación entre las estructuras internas y externas, va más allá del clásico y tradicional estudio de su interacción en el marco de los procesos de toma de decisión. La tensión de esta ecuación está en el origen mismo de la disciplina.

Ya Tucídides, en su *Historia de la Guerra del Peloponeso*, lo plantea con gran sabiduría y maestría.

El concepto de *Foreign Policy begins At Home*, encuentra su antecedente, en el *Discurso Fúnebre de Pericles*, tal como la conocemos a través de la *Historia de la Guerra del Peloponeso*.

El *Discurso Fúnebre de Pericles* es una magistral pieza oratoria, pero al mismo tiempo es una eterna lección de cultura y de civismo. Pericles, en esta ocasión, medita sobre el espíritu profundo de la democracia ateniense, y sobre los valores y principios morales que subyacen y presiden la vida de los ciudadanos de esa Polis. Inaugurando, así, un debate que nos llega a estos días: el papel de la acción o conducta moral en la gobernanza externa. (19)

El *Discurso Fúnebre de Pericles* comienza con dos largos párrafos en donde Pericles se defiende de toda crítica frente a supuestas exageraciones y hace un encendido elogio de los antepasados, para luego alabar el sistema

político.

Las referencias de Pericles a elementos tan esenciales para la gobernabilidad, como el *mérito excepcional de aquellos que murieron en la batalla de Maratón*, la benevolencia y la tolerancia de los atenienses, tienen hoy en día una particular relevancia para nuestra presentación.

En su discurso fúnebre, Pericles señala con gran precisión que:

“En cuanto a lo que a ese imperio le faltaba, hemos sido nosotros mismos, los que estamos aquí presentes, en particular los que nos encontramos aún en la plenitud de la edad, quienes lo hemos incrementado, al paso que también le hemos dado completa autarquía a la ciudad, tanto para la guerra como para la paz. Pasaré por alto las hazañas bélicas de nuestros antepasados, gracias a las cuales las diversas partes de nuestro imperio fueron conquistadas, como asimismo las ocasiones en que nosotros mismos o nuestros padres repelimos ardorosamente las incursiones hostiles de extranjeros o de griegos, ya que no quiero extenderme tediosamente entre conocedores de tales asuntos. Antes, empero, de abocarme al elogio de estos muertos, quiero señalar en virtud en qué normas hemos llegado a la situación actual, y con qué sistema político y gracias a qué costumbres hemos alcanzado nuestra grandeza. No considero inadecuado referirme a asuntos tales en una ocasión como la actual, y creo que será provechoso que toda esta multitud de ciudadanos y extranjeros lo pueda escuchar”

Tucídides en este texto refleja lo que modernamente denominaríamos el impacto de la calidad del sistema o de su gobernanza sobre lo externo.

Es así que el debate sobre la ecuación política interna *vis-a-vis* política externa data del inicio mismo del estudio sistemático de las relaciones internacionales.

Desde Westfalia a la fecha en particulares momentos históricos –y estamos ante uno de ellos parafraseando a Dean G. Acheson en *Present At the Creation*– el sistema internacional debe enfrentar el desafío de la creación y del mantenimiento del orden en un escenario de Estados Soberanos.

Esto podría ser denominado el Momento *Hobbseano*, el Momento *Lockeano* o el Momento *Rousseauniano*, en función de la personal visión filosófica.

Históricamente, estos momentos de quiebre generan un momento de creación institucional se dio:

- En 1648, luego de la Guerra de los Treinta Años, con la firma de los tratados de paz en Munster y Osnabruck, o sea el inicio del Sistema de Westfalia.
- En 1815, luego de las Guerras Napoleónicas, surgió el primer esbozo de gobernanza moderna con el sistema tutorial de Congresos, a partir del Congreso de Viena.
- En 1919, finalizada la Primera Guerra Mundial, en el Congreso de Versalles se reconfiguró sistemáticamente el escenario mundial, y surgió el primer esquema de gobernanza mundial: la Liga de las Naciones.
- En 1945, finalizada la Segunda Guerra Mundial, surgió un renovado esquema de gobernanza mundial: el sistema dual de San Francisco y de Bretton Woods.

Finalmente, la continuación de un triple derumbe:

- En 1989, del Muro de Berlín;
- En 2001, de las Torres Gemelas;
- En 2008, de Wall Street.

En la actualidad, y luego de las tres caídas, enfrentamos el desafío del diseño y la construcción de una institucionalización global que responda a un escenario global.

Joseph S. Nye señala correctamente que la distribución del poder entre los actores

del siglo XXI tiene un patrón que se asemeja a un complejo juego de ajedrez en tres dimensiones superpuesto. (20)

La parte superior del tablero de ajedrez, que hace referencia a la dimensión estratégico-militar de la distribución de poder, es unipolar y la posición dominante de los Estados Unidos es incuestionable, aunque cabe destacar que la ventaja militar, no necesariamente se traduce en una mayor y obvia situación de seguridad. En la actualidad, el poder se ha vuelto más difuso y han disminuido los problemas en los que la fuerza militar era relevante. Lo ocurrido el 11 de septiembre de 2001, es un claro ejemplo de esta brecha o relación asimétrica.

El segundo tablero de ajedrez engloba la dimensión económica-financiera y la distribución del poder está más descentralizada entre los diversos actores estatales y no estatales, con lo cual el escenario tiene características multilaterales.

El más difícil de describir es el tercer tablero, donde se desarrollan las relaciones que podrían denominarse “societarias”. Aquí el poder está totalmente disperso, y no tiene sentido hablar en término de categorías clásicas (unipolaridad, multipolaridad o hegemonía). La distribución del poder está dada en forma totalmente descentralizada y, agregaría, con el agravante de que no hay reglas claras establecidas para su funcionamiento. Este poder está fuera del control gubernamental y se refiere a la atención de las relaciones transnacionales en los actores no estatales.

Modernamente, la ecuación externo/interno tiene notables referentes, entre ellos a Henry A. Kissinger y a Robert Putnam.

Henry Kissinger en un artículo de 1966 (21) señala que “la estructura interna no es irrelevante en cualquier período histórico, ya que como mínimo, determina la cantidad de materia social que se puede dedicar a la política exterior”. Para Kissinger, esta ecuación estaría determinada por diferentes formas de gobierno y por

el funcionamiento de las burocracias internas.

Por su parte, Robert Putnam, en un clásico trabajo (22) desarrolla la interacción entre ambos dominios y busca aprehender el cómo y el cuándo desde una perspectiva más sociológica que de la de un analista internacional.

Un pequeño paréntesis. Las políticas exteriores en toda democracia están principalmente impulsadas por preocupaciones y por demandas nacionales. De lo contrario, no sería una democracia, ya que no habría *accountability* (mecanismos de rendición de cuentas). Esta es la visión jeffersoniana que primó durante el debate constitucional de los Padres Fundadores Americanos, privilegiando la dimensión democrática y republicana.

Pero mi aproximación al tema busca ir un poco más allá, ya que entiendo que debe abordarse desde una perspectiva más amplia y más profunda.

En una Era No-Polar, la Política Exterior Empieza en Casa refleja un cambio de paradigma en el sentido epistemológico, más que una interrelación dentro de la caja negra del proceso de toma de decisiones.

Ya no es más un problema de burocracias compitiendo en los procesos de toma de decisiones sobre las cuestiones externas y sus respectivos impactos, como lo plantea correctamente Graham T. Allison en su clásico estudio sobre la Crisis Cubana. (23)

En la medida en que refleja un cambio mucho más profundo, quiero abordarlo a través de la dimensión que le da Thomas Samuel Kuhn en su obra *The Structure of Scientific Revolutions* (24). Kuhn hace referencia al avance del conocimiento en base a “realizaciones científicas universalmente reconocidas que, durante cierto tiempo, proporcionan modelos de problemas y soluciones a una comunidad científica”. Estos son los paradigmas.

Pero los paradigmas no son eternos, ya

que en todo ámbito existe la innovación, o sea los avances científicos y tecnológicos.

Señala entonces que “en ciertas ocasiones un problema normal, esto es, un problema que habría de resolverse mediante reglas y procedimientos conocidos, resiste el reiterado asalto de los miembros más capaces del grupo bajo cuya responsabilidad cae”.

Se habla entonces de una anomalía, que da paso a lo que el autor denomina una revolución científica, producto de que “cuando la profesión ya no puede hurtarse más tiempo a las anomalías que subvierten la tradición corriente de la práctica científica, entonces comienzan las investigaciones extraordinarias, que finalmente llevan a la profesión a un nuevo conjunto de compromisos, a una nueva base sobre la cual practicar la ciencia”.

Y en estos momentos estamos ante un nuevo paradigma, que hace a lo sistémico. La mutua permeabilidad entre lo “interno” y lo “eterno”.

Creo importante subrayar que, pese a esta permeabilidad, aún no hemos accedido a un escenario supranacional. No hay gobernabilidad global. Estamos en un contexto en el que los 193 Estados miembros de las Naciones Unidas actúan e interactúan, pese a las asimetrías.

La clásica frontera entre lo interno y lo externo ha ido cediendo lentamente y en la actualidad es difícil señalar qué evento o hecho hace a la dimensión interna y cuál a la dimensión externa.

Issues que, no hace mucho, hacían a cuestiones internas como la democracia, los derechos humanos, el medio ambiente, el terrorismo y tantos otros, hoy ocupan un lugar central en la agenda global del siglo XXI.

Utilizando una analogía y un giro semántico, poco grato para un diplomático, diría que Max Weber ha abandonado las cancillerías modernas. Hemos dejado de lado el paradigma monopolístico weberiano y hemos ingresado en una

era de “paradigmas *www*”.

El hecho de que, en principio, todos los actores –estatales y no estatales– tienen la posibilidad de competir entre sí, al menos en dos de los tres tableros de ajedrez de Nye, y que las mutaciones tecnológicas se desarrollan una tras otra, genera un constante reacomodamiento interno.

Los Estados deben, indefectiblemente, poner la casa en orden ya que las demandas internas son las prioritarias y constituyen el principal desafío a la gobernabilidad.

Las cuestiones globales (ya no más internacionales) han dejado de ser monopolio de lo que los diplomáticos negocian y conversan, ni de lo que los militares hacen.

En una era global, la política exterior tiene también que ver con el ejemplo que da un país. Ocurre en la caja negra de la gobernanza interna, define, limita y condiciona su accionar externo. Y no, repito, por cuestiones meramente burocráticas.

No obstante, la mayoría de las cuestiones de agenda son de orden global y requieren, entonces, de soluciones consensuadas y negociadas entre los Estados.

La política exterior ya no se lleva adelante solamente en término estatal. Utilizando la metáfora del general Sir Rupert Smith, en su libro *The Utility of Force* (25), el instrumento diplomático se despliega no solo en los ámbitos estatales, sino también en el seno de la población.

La diplomacia se ejerce, entonces, en una dual desterritorialización: geográfica y funcional. Esto es consecuencia de que la globalización y los avances tecnológicos, operando en paralelo, refuerzan las tendencias hacia la No-Polaridad.

La libre circulación de *issues* de agenda global no supeditados necesariamente al control estatal, las demandas internas de sociedades altamente movilizadas y *empowered*

(no necesariamente democratizadas), el juego simultáneo de los temas de agenda global en los tres tableros de ajedrez, generan una situación de No-Polaridad natural.

El surgimiento de un mundo no-polar puede traer implícitas complicaciones, ya que es un escenario complejo y altamente desagregado, en el cual, ante la emergencia de más tomadores de decisiones, el proceso se tornará cada vez más complejo.

Esto podría denominarse como la paradoja del multilateralismo: a mayor democratización del escenario internacional, mayor disfuncionalidad del mismo.

En este contexto, entonces, no podemos ni debemos, simplemente, proyectar linealmente el pasado, y a partir de allí buscar interpretaciones o definiciones por aproximación.

Antiguos precedentes que generaron momentos unipolares, bipolares o multipolares no son necesariamente suficientes para una aprehensión completa del futuro cercano.

Lo cotidiano está permeado, también, por sorpresas inevitables (26). Si bien esta ecuación parece contradictoria en sí misma, no lo es. Más bien, refleja una de las actuales paradojas de un mundo no-polar, altamente influido por la ciencia y la tecnología.

Nos enfrentamos cotidianamente a elementos predeterminados, fuerzas que podemos anticipar con certeza porque ya vemos sus primeras etapas en el mundo de hoy. Sabemos que son inevitables porque ya han empezado a tener lugar.

También nos van a sorprender porque, si bien los hechos básicos son prácticamente predeterminados, el calendario, los resultados y las consecuencias no lo son. No sabemos exactamente cómo estos eventos se desarrollarán o precisamente cuándo van a ocurrir. Pero podemos anticipar el rango de posibles resultados y las formas en que las reglas del juego pueden cambiar después.

Recuerdo aquí un pensamiento de George F. Kennan, que solía sugerir que había “que reconciliarse con lo inevitable, ya que nunca más en lo breve que nos queda de la vida, se nos va a permitir hacer algo importante”.

Los momentos unipolares, bipolares y multipolares, como categorías de análisis del sistema internacional, eran mucho más fácilmente aplicables en escenarios más homogéneos, en cuanto a los actores que los constituían.

Reflejaban con mayor o menor claridad y rigor la distribución del poder en el marco sistémico en que los estados, actores únicos, interactuaban.

Pero el escenario actual no es tan homogéneo, desde el punto de vista de sus componentes, al los anteriores desde Westfalia. Por lo tanto los precedentes, no se pueden aplicar tan taxativamente.

El orden de la post Guerra Fría ha sido violentado por la globalización y por la revolución de la información. Aunque el proceso de globalización es anterior a la revolución de la información, ambos procesos tienen consecuencias similares a la posición y el poder de los estados. La revolución de la información, también conocida como la tercera revolución industrial, cambió la naturaleza de los gobiernos y de la soberanía. (27)

Estamos ingresando en una nueva era. Por analogía, podemos recurrir a precedentes históricos –como el multilateralismo– pero no creo que sea útil.

En cambio, antes de acuñar una nueva denominación o forzar una ya usada, creo que es más útil tratar de ver dentro de la “caja negra”, que es lo que hace Richard Haass.

Vivimos en una era compleja, no lineal y con capas que conviven en forma activa. Muy similar a lo que Thomas Friedman llamaba *The Lexus and the Olive Tree*.

En la globalización conviven varios mundos con niveles propios de desarrollo y todos ellos válidos.

Durante la Guerra Fría estos mundos existían y convivían también, pero no necesariamente interactuaban. No eran actores plenos, no impactaban sobre el Sistema Internacional. No había *empowerment*.

Ahora sí.

Hay una suerte de mundos superpuestos en ebullición.

El nuevo orden globalizado se caracteriza por procesos dinámicos en oposición al orden de la Guerra Fría, que era estático.

La principal característica de las relaciones internacionales del siglo XXI es, entonces, la de un sistema global ordenado en torno a la no polaridad.

Un mundo que no está dominado por uno, dos o varios Estados o actores estatales, sino por docenas de actores que poseen y ejercitan el poder en diversos grados y naturaleza.

La estructura de las relaciones internacionales ha mutado. Seguir centrándolas única y exclusivamente en el siglo XXI en torno al Estado no solo sería obsoleto, sino disfuncional.

Transitamos un mundo en el que el poder y los actores están más diseminados. En la práctica, esto implica que ya no hay ningún país o dos países que puedan imponer soluciones. ¿Qué significa eso? Significa que tenemos que entender los países, las comunidades y los problemas en sus propios términos, sin transpolar precedentes ya no aplicables.

Debemos entender todas las pequeñas peculiaridades y particularidades desordenados.

Dos cambios importantes dominan el mundo actual.

En primer lugar, hay un cambio del centro de gravedad respecto del riesgo. Ya no nos preocupan tanto los peligros externos, sino el riesgo que genera el propio sistema global en sí mismo.

En segundo lugar, el desafío que esto re-

presenta para la gobernanza interna.

Históricamente se percibían los peligros y las amenazas en término de seguridad, que era el problema dominante. Ejércitos hostiles se ubicaban uno frente a otros a lo largo de extensas geografías. El despliegue militar constituía, en sí, un riesgo y un peligro.

En la actualidad los desafíos de nuestro mundo son más ambiguos, sutiles y sofisticados. Y al mismo tiempo, paradójicamente, mas primitivo.

El sistema internacional se ha convertido en global, pero las estructuras políticas se han mantenido esencialmente nacionales.

La globalización facilita y anima a las decisiones sobre la base de las ventajas comparativas que, en su esencia, no tiene en cuenta las fronteras nacionales.

Ambos sistemas tienen un reclamo plausible representar la voluntad popular, uno en un mundial y el otro a nivel nacional. Los ganadores, por supuesto, tienen pocas reservas. Pero los perdedores buscarán sus recursos dentro de un sistema político nacional por las soluciones que niegan, o al menos obstaculizar, el funcionamiento del sistema global.

En la actualidad se está dando algo novedoso, y voy a recurrir a la física, ya que los términos unipolar, bipolar y multipolar, son también prestamos de esa disciplina.

La tercera Ley de Newton dice que *Si un cuerpo A ejerce una fuerza sobre otro B, entonces este último ejerce sobre A una fuerza de igual magnitud y en la misma dirección, pero en sentido opuesto*.

De acuerdo a la tercera ley, una fuerza nunca aparece en forma solitaria, sino que siempre vendrá acompañada de otras fuerzas, de manera que la suma vectorial de todas ellas sea nula. Es importante señalar que estas fuerzas, denominadas de *acción y reacción*, actúan siempre sobre objetos diferentes.

La No-Polaridad resulta de la emergen-

cia de numerosos actores estatales y una variada diversidad de actores no estatales, a lo que se suma el impacto cotidiano y constante permeabilidad de la ciencia y la tecnología.

Lo que Eric Schmidt y Jared Cohen denominan *La Nueva Era Digital* (28), con reminiscencias de lo que planteaba hace más de 40 años Zbigniew Brzezinski (*La Era Tecnocrática*), generará nuevos desafíos.

La emergencia y el poder de las nuevas tecnologías de comunicación y de conexión – herramientas que conectan a las personas con grandes cantidades de información y entre sí – hará que el siglo XXI sea el siglo de las sorpresas.

La continua innovación –y la creciente población que día a día se interconecta– plantearán nuevos y difíciles desafíos para los pueblos y los gobiernos de todo el mundo. El Estado Nación ha perdido el monopolio de la acción y de la conducta global, de la preeminencia del ejercicio del poder y de la manifestación de influencia.

Proliferación actores no estatales, grupos y *networks* de individuos.

El poder estatal es desafiado desde arriba por la supranacionalidad y desde abajo por los localismos.

GLOBALIZACIÓN: FOR WHOM THE BELL TOLLS

No man is an Island, entire of itself; every man is a piece of the Continent, a part of the main; if a Clod bee washed away by the Sea, Europe is the less, as well as if a promontory were, as well as if a Manor of thy friend's or of thane own were: any man's death diminishes me, because I am involved in Mankind; and therefore never send to know for whom the bell tolls, it tolls for thee.

Poema de John Donne (1572-1631)

Un fantasma recorre los gobiernos del

mundo, el espectro de la globalización. Este símil marxista, refleja correctamente uno de los desafíos del siglo XXI:

Existe una peligrosa generalización – por analogía a las etapas secuenciales de W.W. Rostow (29)– que considera que el mero crecimiento, desarrollo y utilización de las tecnologías de la información son suficiente para más o menos automáticamente generar una era de estabilidad global de bienestar y de la política. Pero esto es una ilusión. El orden mundial requiere consenso sobre presupuestos básicos. Requiere acordar y aceptar que ciertas normas básicas son esenciales para el funcionamiento, la estabilidad y la paz del sistema global.

En ausencia de tales acuerdos, se generan turbulencias en el sistema.

El mundo globalizado se enfrenta a dos tendencias contradictorias.

El mercado globalizado abre perspectivas de riqueza hasta ahora inimaginables. Pero también crea nuevas vulnerabilidades a la agitación política y el peligro de una nueva brecha, no tanto entre los ricos y los pobres, sino entre los de cada sociedad, que son parte del mundo globalizado de internet, y los que no lo son.

El impacto de estas nuevas tendencias en el mundo en desarrollo es profundo.

El mundo social refleja este sistema de dos niveles: las élites globalizadas –que, a menudo viven en suburbios fortificados– están unidas por valores compartidos y tecnologías, mientras que la población en general en las ciudades se ve tentada por el nacionalismo, por la etnicidad y por una variedad de movimientos para liberarse de lo que perciben como la hegemonía de la globalización, frecuentemente identificados con la dominación estadounidense. La élite mundial de internet es completamente a gusto con el funcionamiento de una economía de base tecnológica, mientras que la mayoría, sobre todo fuera de

los Estados Unidos, Europa Occidental y Japón, no comparte esta experiencia ni puede estar dispuesto a aceptar sus consecuencias, especialmente durante los períodos difíciles de la vida económica.

En tal ambiente, los ataques a la globalización podrían convertirse en un nuevo radicalismo ideológico, especialmente en los países donde la élite gobernante es pequeña y la brecha entre ricos y pobres es enorme y está creciendo. Una subclase permanente en todo el mundo está en los países en desarrollo, lo que hará cada vez más difícil construir el consenso político del que dependen la estabilidad interna, la paz internacional y la propia globalización.

En un nivel totalmente nuevo de la estructura internacional, y por primera vez, en la actualidad hay temas universales que no pueden ser tratados a nivel regional y para lo cual el antiguo mecanismo de equilibrio de poder ya no da respuesta.

El filósofo alemán Immanuel Kant, escribió un ensayo en el siglo XVIII, en el que dijo que algún día habrá paz universal. La única cuestión es si se logrará por la visión humana o por catástrofes de una magnitud tal que no tendremos otra opción.

Tenía razón Kant entonces, y la sigue teniendo ahora. Pero cabría agregar que es necesario añadir alguna guía divina para acompañar el conocimiento humano en la resolución de los problemas.

QUO VADIS

El sistema internacional sin duda será diferente a épocas anteriores. Probablemente será una mezcla de los tres escenarios. Este contendrá elementos de cada uno y los elementos que no se mencionan en ellos.

No obstante, estos escenarios proporcionan un marco mental para ser capaz de entender la complejidad del sistema internacional, al ser consciente de las incertidumbres y las tendencias

que dan forma al futuro y predecir algunas de las características futuras del sistema internacional tanto como sea posible para que podamos prepararnos para el desafío que tenemos por delante y crear un futuro mejor.

El mayor desafío al liderazgo global en el siglo XXI vendrá de la forma en que las naciones actúen frente a las amenazas que trascienden las fronteras internacionales: la proliferación nuclear, los conflictos armados, el cambio climático, el terrorismo, los riesgos biológicos y la pobreza extrema.

Hoy en día, la seguridad nacional es interdependiente con la seguridad internacional.

En este contexto de amenazas globales y de profunda interdependencia en materia de defensa y de seguridad, incluso los países más fuertes deberán recurrir a mecanismos de cooperación con otros países, a fin de garantizar una mayor seguridad.

Ninguna nación por sí sola, está en condición de cumplir con éxito los retos, o de aprovechar las oportunidades en este escenario no-polar.

Es necesario un nuevo enfoque para revitalizar las alianzas, la diplomacia y las instituciones globales a fin de garantizar una nueva y más efectiva relación entre lo nacional y lo internacional, en todas sus dimensiones.

Como resultado de las nuevas tecnologías en el transporte y en la comunicación, en particular de internet, la comunicación directa y la interacción entre actores de la sociedad a través de las fronteras nacionales se incrementaron dramáticamente y se aceleró en la segunda mitad del siglo pasado, lo que disminuye la relevancia de las fronteras y facilita el flujo de personas, ideas y bienes.

Como consecuencia de ello, los Estados –todavía las unidades dominantes del mundo político– han perdido parte de su capacidad para influir en los acontecimientos de acuerdo

con sus deseos y para resolver problemas por sí solos.

La vulnerabilidad a crisis externas, tales como el terrorismo o la delincuencia, aumenta. Al mismo tiempo, el impacto de actores no estatales no ha dejado de crecer, generando un tercer tablero de ajedrez mucho más complejo y desagregado.

Estos avances están en el centro de lo que hoy llamamos "Globalización", un proceso que de facto a ser irreversible y cuyas megatendencias impactan sobre todas las otras tendencias.

En este escenario, el dato más relevante y novedoso es que hasta las grandes potencias no pueden escapar de estos procesos de apertura, conectividad e interdependencia.

EL MITO DE SÍSIFO

¿Qué constituye poder en el siglo XXI? ¿Quién es un actor con poder en el sistema internacional? ¿Quién puede ejercer influencia en este mundo global? ¿Qué orden internacional tenemos? ¿Quién o cómo se legitima?

La Guerra Fría finalizó, sin una clara demarcación política. No hemos transitado a través de Acuerdos análogos a Bretton Woods, Dumbarton Oaks, Yalta o Potsdam.

La extraña Guerra Fría, aquel período en el cual la reducida competencia entre los principales actores del conflicto signó casi medio siglo, y cuya legitimidad se fundamentaba precisamente en esta competencia, ya no es más así.

Superado el Armagedón ideológico, ya no hay más legitimación externa válida.

Pero como fue un conflicto atípico, no se produjo una clara salida institucional definida y acordada, tal como había ocurrido con mayor claridad en 1648, 1815, 1919 y 1945.

Descongelada la historia, hemos regresado a un período más normal de demandas y de necesidades básicas, pero expandido a la gran mayoría de los actores internacionales. Además, la ciencia y la tecnología han empoderado al ciu-

dadano común, con lo cual, en esto, el escenario internacional se parece al interno. Tal como lo señalaba Robert Dahl, en *Who governs*, el centro de la política estaba en los espacios más primarios –tal la Polis griega–, y en torno de las necesidades más básicas del bienestar ciudadano.

Muchos años antes, el famoso diputado de Massachusetts y *Speaker of the House* Thomas Phillip Tip O'Neill Jr, acuñó en 1935 al ingresar a la política, la frase *all politics is local*. Me atrevería a decir que en la actualidad, en gran medida, *all global politics are local*.

Los ciudadanos de los países alejados de las contiendas y de los conflictos externos, que además, en la mayoría de los casos, están des-territorializados, no ven amenazas cercanas y no aceptan legitimar cualquier accionar externo por encima de las demandas y necesidades internas.

Tres de las más famosas e influyentes palabras de la historia, las muy rousseauianas *We the People*, que encabezan el Preámbulo de la Constitución de los Estados Unidos de América, hoy resuenan más que nunca.

El *empowerment* de millones de hombres y mujeres en todas partes del mundo pone límites al accionar eterno de sus respectivos gobiernos en detrimento de sus necesidades, demandas y expectativas.

No es casual que haya indignados en París, Madrid, Wall Street, El Cairo, Río de Janeiro, Túnez y tantos otros lugares.

En la última US National Strategy, de 2010, el Presidente Barack Obama reconoció este novedoso dato, y señaló: "Nuestra estrategia parte de la premisa de reconocer que nuestra fuerza e influencia afuera comienza con los pasos que tomemos en casa".

O bien, la definición más poética y acorde a la tradición de los mandarines, del Presidente de la República Popular de China, Xi

Jinping “en el sentido de que para lograr el sueño chino, debían lograr el gran rejuvenecimiento de la nación china.”

CONCLUSIÓN: *TU QUOQUE...*

Ninguno de los países más importantes que deben construir un nuevo orden mundial, ha tenido experiencia previa con el sistema de estados múltiples que está emergiendo. Nunca antes un nuevo orden se ha tenido que constituir sobre la base de tantas y tan disímiles percepciones. Ningún orden previo ha tenido que combinar y contener los atributos del histórico sistema de equilibrio de poder. Tampoco ha tenido cualquier orden anterior que combinar los atributos de la balanza histórica de poder, con una opinión democrática global y con la explosión y proliferación de tecnologías del presente período contemporáneo.

El orden que probablemente emerja deberá ser diseñado y construido por líderes que representan culturas, religiones y políticas ampliamente distintas.

Estos líderes, en muchos casos, manejan enormes burocracias de gran complejidad, lo que hace, a veces, que la energía de estos estadistas esté más consumida por el servicio de la maquinaria administrativa que por la definición del objetivo. Esta no es más que otra definición de la paradoja de que la Política Exterior Empieza en Casa.

Tenemos que enfrentar el desafío y la paradoja de que los valores son universales, pero en general tienen que ser implementados como parte de un proceso y de un contexto histórico. Si se implementan sin respeto por la historia o por la circunstancia, se invalidan todas las restricciones tradicionales.

Debemos evitar la moderna tentación de reaccionar a los estímulos, lo que puede evitar o impedir una reflexión sobre el fondo de la cuestión.

En el mundo académico muy a menudo

se lleva adelante un debate abstracto sobre si el poder o si los valores son la fuerza dominante en las relaciones internacionales.

Los partidarios de una política exterior realista son caracterizados como defensores de una *Realpolitik*. Los Realistas perciben el mundo como una mesa de billar, y las relaciones entre estados como una serie de choques entre las bolas de billar, las unas con las otras en ángulos calculables y perfectamente determinados por su fuerza relativa. Los Realistas consideran que los valores son irrelevantes para una política exterior realista y que solo vale el equilibrio de poder.

El enfoque alternativo es a menudo presentado en nombre del “idealismo” o una política exterior “basada en valores”.

Para este enfoque, los valores son universales y transportables, por mecanismos predecibles y por lo general en un período de tiempo finito.

Las cuestiones estratégicas se tratan en general mediante el análisis de las estructuras internas.

La mesa de billar es una analogía seductora. Pero en la política exterior de bienes, las bolas de billar no sólo reaccionan al impacto físico. También se guían por sus propias herencias culturales: su historia, los instintos, los ideales, los enfoques nacionales característicos en la estrategia, en sus valores nacionales cortos.

Una política exterior realista necesita un sólido sistema de valores para guiarse a través de las ambigüedades inherentes de las circunstancias.

Incluso Bismarck, el máximo y más eficiente exponente del realismo, hizo hincapié en la base moral fundamental de gobernar realista. Decía: “Lo mejor que puede hacer el Hombre de Estado es escuchar con atención los pasos de Dios, ponerse en contacto con el borde de su manto y caminar con Él a dos pa-

sos de distancia”.

Quizás el desafío de este momento sea similar al de 1648. Tener la anticipación estratégica para diseñar un sistema como el de Westfalia –basado en una única idea de *erizo*: que debe haber muchos zorros– organizado a través de procedimientos acordados, para dar cabida a la diversidad humana. (30)

En 1913 nadie podría haber predicho con cierta certeza los conflictos y los desastres sangrientos que asolaron el siglo XX –el Nadir de la Humanidad– todos ellos surgidos de la competencia y de las relaciones de poder entre las grandes potencias de esa época.

Cien años más tarde la naturaleza esencial de la historia no ha cambiado, y cualquier mirada hacia el futuro del siglo XXI debe realizarse con la necesaria humildad al considerar la capacidad de la humanidad para las sorpresas.

Termino citando a Henry A. Kissinger, cuya reflexión merece ser escuchada y meditada muy cuidadosamente, ya que encierra tanto el gran desafío del futuro como su magistral respuesta al dilema:

Pongo una propuesta a consideración ante todos ustedes: hemos ingresado en una época de cambio radical en la conciencia humana de cómo las personas ven el mundo. La lectura de libros requiere de nosotros formar conceptos, para entrenar la mente a abordar relaciones. Hay que luchar a brazo partido con lo que eres. Un líder tiene esas cualidades. Pero ahora aprendemos a partir de fragmentos de hechos. Un libro es una gran construcción intelectual; no se lo puede contener todo en la mente con facilidad o al mismo tiempo. Usted tiene que luchar mentalmente para interiorizarlo. Ahora no hay necesidad de internalizar, porque uno puede acceder instantáneamente a cualquier hecho requiriéndolo a través de una computadora. No hay contexto, no hay motivo. La información no es conocimiento. Las personas no son lectores, sino investigadores, que flotan en la superficie. Churchill

entendía el contexto. Este nuevo pensamiento borra el contexto. Desagrega todo. Todo esto hace que el pensamiento estratégico sobre un orden global, sea prácticamente imposible de obtener.

Notas:

- (1) Richard N. Haass, The Age of Non-Polarity. Foreign Affairs, May/June 2008. Richard N. Haass, Foreign Policy begins At Home: The Case for Putting America's House in Order. Basic Book, New York, April 2013.
- (2) Milan Kundera. L'Art du Roman, Gallimard, Paris 1986.
- (3) G. John Ikenberry. After Victory: Institutions, Strategic Restraint and the Rebuilding of Order after major Wars. Princeton University Press. New Jersey. 2001.
- (4) Dean Acheson. Present At The Creation: My Years at the State Department. W.W. Norton & Company. New York, 1987.
- (5) Robert D. Kaplan. The Revenge of Geography: What the Map Tells Us About Coming Conflicts and the Battle Against Fate. Random House, September 2012.
- (6) Henry A. Kissinger. A World Restored: Metternich, Castlereagh and the Problems of Peace, 1812-1822. Mariner Books. 1973.
- (7) Barbara W. Tuchman, The March of Folly, Ballantine Books, USA, 1985
- (8) Richard E. Nuestadt and Ernest R. May,

- Thinking in Time: The Uses of History for Decision-Makers, Free Press, New York, 1988
- (9) John F. Kennedy, *Why England Slept*, Praeger, NY, 1981
- (10) Barbara W. Tuchman, *The Guns of August*, Presidio Press, NY, 2004.
- (11) Margaret McMillan, *Dangerous Games: The Uses and Abuses of History*, The Modern Library, New York, 2009
- (12) Henry A. Kissinger, *Ibidem*.
- (13) *Ibidem*. Kissinger en su libro *A World restored: The Politics of Conservatism in a revolutionary Age*, sostiene que :” ... siempre que la paz –concebida como la eliminación de la guerra- ha sido el objetivo primordial de una potencia o un grupo de potencias, el sistema internacional ha estado a merced del miembro mas feroz de la comunidad internacional. Siempre que el orden internacional ha reconocido que ciertos principios no se pueden violar, ni siquiera en aras de la paz, la estabilidad basada en el equilibrio de fuerzas ha sido por lo menos concebible.”
- (14) El proyecto de paz del abate de Saint Pierre consiste básicamente en la formación de una asociación de veinticuatro Estados, que por su unión puedan alcanzar una paz estable o, como prefiere decir, una “paz perpetua”. Tal Unión o Sociedad Europea tiene que dotarse de una institución fundamental, un Congreso o Senado, que entre otras funciones va a ejercer como Tribunal o árbitro en los conflictos entre los Estados asociados.
- (15) *La Paix Perpetuelle et La Polysynodie: Extraits Et Jugements Polysynodie de l'Abbe de Saint Pierre; Polysynodie de l'Abbé de Saint-Pierre.*
- (16) Algún tiempo antes de estallar la guerra franco-prusiana, la Liga Internacional y permanente de la Paz, abrió en 1870 una subscripción con el objeto de acordar un premio de cinco mil francos al autor de la mejor obra popular contra la guerra. Explicando en una nota el motivo de su determinación de tomar parte en el concurso, el Dr. Alberdi, dice: 'Si el autor escribiese no sería por el premio, sino previa renuncia de él en la hipótesis de merecerlo, por ceder a una idea preconcebida que coincide con la del concurso, y sólo por llamar la atención sobre ella en una ocasión especial, en el interés de América.”
- (17) Norman Angell, *The Great Illusion*. 1909. En este libro Angell sostiene la tesis que la Guerra entre naciones industrializadas no es viable, ya que la conquista no da beneficio alguno.
- (18) Francis Fukuyama. *The End of History*, The National Interest, Summer 1989. (Luego se convertira en un libro.)
- (19) Thomas Paine en su panfleto *Common Sense* –quizás la obra mas influyente de la Revolución de 1776, decía que America era un *Asilo para la Humnidad*, dejando sentado así la idea base del excepcionalismo estadounidense.
- (20) Joseph S. Nye (Jr), *The Paradox of American Power: Why The World's Only Superpower Can't Go It Alone*. Oxford University Press. London. 2002. - Nye, *Is America an Empire*. Project Syndicate, January 26th. 2004.

- (21) Henry A. Kissinger, Domestic Structure and Foreign Policy. Daedalus, Vol. 95, 1966.
- (22) Robert Putnam, Diplomacy and Domestic Politics: The Logic of Two-Level Games. International Organization, Vol. 42, No. 3. (Summer, 1988), pp. 427-460.
- (23) Graham T. Allison, Essence of Decision: Explaining the Cuban Missile Crisis. Boston, Little Brown. 1971.
- (24) Thomas Samuel Kuhn . The Structure of Scientific Revolutions. University of Chicago Press. Chicago. 1962.
- (25) Rupert Smith. The Utility of Force: The Art of War in the Modern World. Vintage. 2008
- (26) Peter Schwartz. Inevitable Surprises. Gotham Books, New York, 2003.
- (27) Zbigniew Brzezinski, Between Two Ages: America's Role in the Technetronic Era. The Viking Press, New York. 1970
- (28) Eric Schmidt and Jared Cohen, The New Digital Age: Reshaping the Future of People, Nations and Business. John Murray Publishers, 2013.
- (29) Walt Whitman Rostow. The Stages of Economic Growth: A Non-Communist Manifesto. Cambridge University Press. 1991.
- (30) Isaiah Berlin. The Hedgehog and the Fox. Weidenfeld & Nicolson. London. 1953.

Para citar este artículo:

Lagorio, Ricardo E. (2015), "En una era No Polar, la política exterior comienza en casa", [disponible en línea desde mayo 2015], Grupo de Trabajo sobre la Inserción de la Argentina en el mundo. Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales. Dirección URL: http://www.cari.org.ar/pdf/era_nopolar.pdf

ANEXO

Se dice que Alejandro el Grande siempre llevaba consigo la *Iliada*; la reina Isabel I leía a Cicerón; Federico el Grande tenía siempre presente la *Odisea* de Homero; John Adams leía a Tucídides en griego; Bartolomé Mitre tradujo a Dante; Abraham Lincoln seguía los laberintos de Shakespeare; Lawrence de Arabia viajaba por los amplios desiertos de la península árabe con la *Muerte de Arturo* de Malory...

Henry Kissinger, en sus Memorias y en el libro *On China* dice haber quedado impresionado por la cultura de Mao. Recuerda que la modesta casa en la que habitaba Mao estaba repleta de libros *marcados y señalados*. El mismo Mao le confesó que *si uno no pone su lapicera en acción cuando lee, no se puede considerar que se lo ha leído*.

En este mismo espíritu de resaltar la importancia y el impacto de la cultura en general y de la literatura y la pintura en particular sobre el arte de gobierno, incorporo tres pinturas alegóricas a nuestro tema.

Ambrogio Lorenzetti.
Alegoría del Buen Gobierno (1338-1339)
Palazzo Pubblico, Siena



En esta parte del fresco de la *Alegoría del Buen Gobierno* se puede ver a la izquierda a la Justicia sentada en un trono representando el equilibrio, sosteniendo en cada lado de la balanza al bien y al mal respectivamente. A la derecha está la personificación del Buen Gobierno, significando al mismo tiempo Siena y la representación del Bien Común. Debajo de la Justicia se ha representado a la Concordia trenzando un cuerda que llevan los personajes situados en procesión en la parte inferior, estos eran los 24 consejeros de la ciudad y sus rostros son retratos fidedignos de las personas que ocupaban esos cargos en aquella época.

Rembrandt Harmenszoon van Rijn.
Aristóteles contemplando el busto de Homero, 1653
Metropolitan Museum



Para Paul Ricoeur hay un cuadro que representa perfecta-mente la empresa filosófica y es el cuadro de Rembrandt “Aristóteles con-templando un busto de Homero”. Ricoeur señaló una serie de puntos. En primer lugar, es un cuadro representativo de la actividad filosófica porque en esta imagen se muestra que el filósofo no parte de la nada, siempre hace filosofía desde algo, apoyándose en algo y, en concreto, el filósofo comienza a reflexionar a partir de la poesía (algo vivo, originario, radical).

En segundo lugar, la poesía parece estática, identificada y representada mediante un busto; la poesía se encuentra recogida en una obra. En cambio la filosofía está viva, continúa interpretando, “se mueve” alrededor de la poesía.

En tercer lugar, y a pesar del título, Aristóteles no mira el busto de Homero, sino que lo toca. El filósofo está en contacto con la poesía, parte de ella, reflexiona sobre ella, pero no la mira. Aristóteles no dirige su mirada al busto sino que se pierde más allá de él. Quizás mira “hacia.... la verdad”, “hacia.... el ser...”.

En cuarto lugar, Aristóteles viste como un contemporáneo (como el propio Rembrandt), pues la filosofía es, debe ser, siempre actual, siempre contemporánea, debe hablarnos a nosotros aquí y ahora; la poesía no tiene esta pretensión de actualidad, de ahí que Homero se represente como antiguo griego.

En quinto lugar, y algo que Ricoeur comentaba siempre con mucha gracia, en el cuadro hay tres personajes: Homero, Aristóteles y... Alejandro Magno. La cabeza de Alejandro aparece en la medalla que Aristóteles lleva suspendida en la banda que le sirve de adorno. Marca la presencia de la política. El político ha de permitir el intercambio de discursos, que el poeta hable y lo haga también el filósofo, garantiza la continuidad del discurso. Pero la tarea de la política es también responsabilidad del filósofo, de hecho el filósofo “carga” simbólicamente con la medalla.